

CAMPOS CARRASCO, J.M. y BERMEJO MELÉNDEZ, J. (Eds.), *Roma en el occidente de la Baetica. Civitas et ager en el territorio onubense*, Hispania Antigua. Serie Histórica 8, L'Erma di Bretschneider, Roma, 2013 (394 págs.) ISBN 978-88-913-0013-3; 978-88-913-0015-7 (Pdf).

DESIDERIO VAQUERIZO
Universidad de Córdoba
aa1vagid@uco.es

Hay muchas formas de hacer arqueología, algunas de ellas antagónicas. Frente a ciertos arqueólogos que van por el mundo convencidos de que sus aportaciones al conocimiento del pasado cambiarán la historia de la humanidad (y tal vez en algún caso sea así), hay otros menos dados al relumbrón que, considerados por aquéllos de segunda fila, aman el trabajo callado, comprometido y a pie de tierra, y sientan día a día las bases de un acercamiento profundo y exhaustivo a las áreas geográficas que estudian, de un método riguroso, multidisciplinar y polivalente, de una forma verdaderamente desprendida y generosa de entender la disciplina en clase, campo y laboratorio, que crea escuela. Supongo que ambos grupos son complementarios (por formación, objetivos e intereses), necesarios, y también representativos de esa fauna tan particular, controvertida y profundamente mal avenida que componemos quienes hicimos un día de la Arqueología profesión; pero si hubiera de quedarme con alguno lo haría sin dudar con los segundos, menos aficionados al foro.

A esta segunda categoría se adscribe, sin el menor resquicio de duda, el equipo que lidera desde hace ya un par de décadas Juan M. Campos Carrasco, Catedrático de Arqueología de la Universidad de Huelva. Y de todo ello es buena muestra el volumen que ahora reseño, con el que el Grupo de Investigación “*Vrbanitas*. Arqueología y Patrimonio” pone fin a un ambicioso proyecto sobre “Ciudades romanas del territorio onubense” (Ref. HUM 2691) que viene a llenar un vacío importantísimo en el conocimiento arqueológico del extremo sudoeste de *Baetica*. Sienta, al tiempo, de forma sólida y perfectamente calculada, los cimientos de un edificio epistemológico y heurístico sin precedentes en la zona, que, si sigue creciendo al mismo ritmo en los próximos años, alcanzará altura y renombre inéditos, como consecuencia lógica y natural de sus muchos logros.

Hablo de una tierra de frontera, una región periférica (desde el punto de vista geográfico, pero también institucional) que hasta el desembarco del Prof. Campos en la Universidad de Huelva se conocía casi exclusivamente por su pasado tartésico y orientalizante, y en el mejor de los casos la explotación minera de Riotinto y la sierra. Hoy, al volumen de datos ya existente sobre esas etapas se han venido a sumar importantes aportaciones en relación con la conquista y la estructuración del territorio en época romana, el fenómeno urbano y la creación de ciudades (*Onoba*, *Ilipla*, *Iptucci*, *Arucci-Turobriga*, *Ostur*, *Urium*)¹, y la explotación minera o marítima con base en una red de *cetariae* que encuentran su más que lógica continuidad en el sur de Lusitania.

Cuando se hace repaso de la bibliografía acumulada por el Grupo de Investigación que dirige J. M. Campos en estas dos últimas décadas, se percibe de inmediato la inmensidad de su esfuerzo; un ejercicio firme e infatigable de responsabilidad con el entorno en el que ejercen su tarea del que pocas universidades se pueden ufanar; un modelo de trabajo bien planificado, multidisciplinar, integrador, metódico, exigente, exhaustivo y riguroso que sólo algunos logran institucionalizar. Y es que hablamos de un equipo plenamente consolidado, que poco a poco, con la humildad característica de quien conoce bien la provisionalidad nunca satisfecha de nuestro trabajo, lo parcial de nuestras respectivas versiones de la historia, la fugacidad de las cosas terrenales, va sometiendo a la comunidad científica los resultados de sus investigaciones en aras siempre

1 “... un exhaustivo análisis documental de los núcleos urbanos de época romana y sus territorios de influencia desde una perspectiva global contemplando tanto los aspectos arquitectónicos y urbanísticos, que incidieron en la formación y evolución de las ciudades romanas como el contexto social, político e ideológico que posibilitó su nacimiento y evolución” (p. 9).

de una perfectamente calculada internacionalización que, como es lógico, recaerá ya sobre los más jóvenes, pero que se materializa de lleno en esta obra, auspiciada por L'Erma di Bretschneider, aún hoy una de las editoriales arqueológicas más importantes y prestigiosas del mundo.

Roma en el occidente de la Baetica es, pues, conforme a lo dicho, un trabajo de equipo, en el que toman protagonismo todos y cada uno de los investigadores que hoy componen el Grupo dirigido por J. M. Campos; la mayor parte de ellos, como decía, muy jóvenes, pero ya versados en el método y sus respectivos campos de estudio, porque desde el primero al último se han formado a la sombra del maestro, bebiendo de él la experiencia acumulada tras una vida en contacto con la arqueología, que tuvo en su etapa hispalense una escuela de auténtica excelencia. Javier Bermejo, Salvador Delgado, Lucía Fernández, Águeda Gómez, Francisco Gómez, Juan M. Ruiz, Clara M. Toscano, Nuria de la O Vidal, además del propio J. M. Campos, componen un mosaico de aportaciones en las que abordan de forma sistemática el estudio del territorio onubense entendido siempre en perspectiva diacrónica y temática, con base en tres principios rectores que yo considero fundamentales: investigación, protección y difusión; como tiene que ser.

Tras un texto de presentación en el que los dos coordinadores del volumen, J. M. Campos y J. Bermejo, contextualizan su trabajo en el marco de los proyectos de investigación desarrollados en la provincia onubense bajo la dirección del primero desde la década de los pasados años noventa, inaugura el volumen J. Bermejo con un primer capítulo dedicado al medio físico en el que queda claramente en evidencia la disparidad orográfica, geomorfológica, y por extensión cultural, de la provincia de Huelva, bien diferenciada en tres grandes zonas: Tierra Llana, Andévalo y Sierra; tres comarcas con personalidad geográfica bien definida en las que, como es lógico, rigen distintos patrones de asentamiento desde la antigüedad más remota, sin que la época romana sea una excepción. Conviene destacar en este sentido que los resultados presentados en la monografía parten de intensas prospecciones superficiales del territorio, gestionadas mediante un Sistema de Información Geográfica *ad hoc*, cuyos resultados, unidos a una labor de excavación, documentación y laboratorio exhaustiva y eficazísima, contribuyen en buena medida a reconstruir, e interpretar, el paleopaisaje.

Viene a continuación un bloque de enorme interés: "*Scripta manent*. El Occidente bético en las fuentes grecolatinas", en el que J.M. Ruiz y de nuevo J. Bermejo analizan con detalle las fuentes literarias de época prerromana –entre las que destacan, obviamente, las referencias *quasi* míticas a Tartessos²- y romana³ en las que es posible rastrear algún tipo de información histórica sobre las ciudades y el territorio analizados, incluida la epigrafía. Por matizar alguna cosa, debo decir que, aun cuando al final de capítulo se da cumplida cuenta de las ediciones y traducciones utilizadas (relacionadas a mi parecer de modo un tanto confuso), en el texto se echa de menos la indicación explícita de aquellas a las que corresponden cada uno de los textos y las figuras extractados –quizá, incluso, un comentario crítico sobre las mismas- o la bibliografía de referencia; un principio, como es bien sabido, determinante para los puristas a la hora de conceder credibilidad, o comprobar la fiabilidad de los datos argüidos, quizá excesivamente superficiales⁴ en algunos puntos.

"Turdetanos, púnicos y célticos: la situación previa a la llegada de Roma en el interfluvio Guadamar-Guadiana" es el título de la siguiente aportación, que firman en este caso C.M. Toscano, J. Bermejo y F. Gómez; un bloque más que pertinente para entender en toda su dimensión la complejidad geográfica, cultural y etnográfica de un territorio

2 "*La imagen fabulosa, imprecisa y mítica de Occidente se vio potenciada por el desconocimiento o por la deformación que de las tierras situadas más allá de las Columnas de Heracles hubo durante siglos, sobre todo los primeros siglos del primer milenio, en los que gran parte de las noticias que llegaban al mundo griego estaban mediatizadas por el vehículo de transmisión, los navegantes y comerciantes, y por el lugar de procedencia, los contornos vagos y difusos de los extremos de la ecúmene situados más allá del mar interior y familiar, al otro lado del límite de lo conocido*" (p. 21).

3 "*En contraste con la situación anterior y a pesar de la ausencia de datos historiográficos sobre el territorio onubense, salvo contadas excepciones, como son la participación de Itucci en los acontecimientos bélicos de mediados del siglo II a.C. y la llegada al litoral onubense de Sertorio, la nueva situación política propició la presencia directa de historiadores (Polibio) y de geógrafos (Artemidoro y Posidonio) en el Suroeste de la Península y la integración del conocimiento autóptico en la geografía occidental*" (p. 28).

4 Me refiero exclusivamente a la falta de aparato crítico, que parece obedecer a un criterio editorial (no compartido, en cualquier caso, por otros capítulos del libro) y, tal vez, a las limitaciones de espacio.

extremo⁵, cuya unificación, reorganización y explotación no debió ser tarea fácil para Roma; tema que abordan de nuevo, sin solución de continuidad, los dos coordinadores del volumen en la contribución titulada “La implantación de Roma en las tierras del Suroeste”. En él se pone en evidencia un proceso complicado y diverso, en el que hubo un poco de todo: desde *oppida* en los que se mantiene sin grandes traumas la vieja población púnica, integrada paulatinamente en las nuevas estructuras administrativas y de poder⁶, pasando por otros que viven los cambios de forma traumática como *Ilipla*, donde la arqueología deja en evidencia episodios de resistencia y ofensiva, a la pura insumisión de los pueblos serranos, aquellos *celtici* de la *Baeturia* citados más arriba, dispersos por el territorio en núcleos fortificados o de difícil acceso, que no le pusieron las cosas fáciles a la nueva potencia dominadora hasta que Augusto consigue finalmente pacificarlos por completo y fusionarlos en la nueva provincia *Baetica*. Potencia para ello la colonización agraria y la fundación de ciudades⁷, al tiempo

5 “*El panorama que encuentra Roma, cuando irrumpe en el extremo occidental de lo que posteriormente sería la Provincia Betica, es el de diferentes patrones de asentamiento...; la Tierra Llana se dibuja con una estructuración del territorio basada en la explotación de los diferentes recursos –pesqueros, agropecuarios y mineros-, así como su concentración y su posterior redistribución en una serie de núcleos hegemónicos...; el Andévalo supondrá otro pilar fundamental en la economía ... al encontrarse en su área importantes distritos mineros, donde el proceso de ocupación se realizará mediante la declaración de fundus exceptus. Finalmente la zona de la sierra contará con una dinámica totalmente diferente, ajena al mundo urbano, ocupada (por) ... los celtici de las fuentes grecolatinas, con unos rasgos culturales, sociales y económicos, que nada tendrán que ver con las poblaciones turdetanas de la costa y campiña*” (p. 57).

6 “*En el caso de la Tierra Llana de Huelva, la rápida incorporación al modelo administrativo e impositivo romano, primero, y la asimilación cultural después, de este territorio puede explicarse por una serie de condicionantes históricos, culturales y urbanos que éste poseía previamente, con lo que se favorecía por tanto una adaptación paulatina y sin traumas al modelo de vida romano. Además no se puede relegar la importancia del sustrato púnico..., con una estructuras políticas, urbanas y económicas que Roma amortizó enormemente en numerosos casos*” (p. 91).

7 Que se traducen en una reestructuración importante del territorio, basada en unidades poblacionales intermedias al servicio del nuevo modelo tributario. Es ahora cuando empieza a cobrar importancia el entramado de *villae*, “di-

que una política fiscal de nuevo cuño en la zona, al servicio básicamente de las fuertes exigencias tributarias de un Estado romano en pleno crecimiento y cada vez más ambicioso.

Todo ello eclosiona en la “Municipalización al oeste de la Bética: de las promociones augusteas a la extensión del *ius Latii* Flavio”, texto con el que sus autores, siempre J. M. Campos y J. Bermejo, dan un salto cualitativo en el tiempo y en la historia para sumergirse de lleno en la etapa romana (se trata, sin duda, de uno de los capítulos de más peso de la monografía), al tiempo que intentan definir en todos sus parámetros el modelo de implantación de la nueva potencia colonial, que adopta matices diferentes según la zona: promoción jurídica de los grandes asentamientos célticos en el caso de la *Baeturia*⁸, la posible concesión, quizá ya en tiempos de Augusto⁹, del estatuto colonial a *Onoba* en la Tierra Llana, conforme a una estrategia política y económica perfectamente diseñada que prima la potencialidad comercial del gran puerto onubense como “*centro redistribuidor de mercancías,*

rectamente relacionado con el cambio en los sistemas de tenencia, es decir de uso directo y real de la tierra por parte de los elementos romanos, hecho éste que coincide con el final de la República y el principio del Principado” (p. 99).

8 “*Para el caso de la sierra, al norte, se dibuja un modelo de implantación administrativo, político y judicial basado en el sustrato indígena preexistente, el cual trastocará Roma mediante la contributio de dos núcleos, Arucci y Turobriga, cuya realidad física es el nuevo núcleo ex novo fundado en el llano de San Mamés...; con los datos que actualmente se conocen planteamos un proceso de promoción y municipalización desde los inicios de la fundación de la ciudad, que paulatinamente irá consolidándose en la primera mitad del siglo I d.C. Con ello, indicamos indirectamente que tal enclave no sólo debería su fundación a las medidas augusteas llevadas a cabo en la zona, sino que incluso su misma promoción se deba a tal actuación*” (pp. 110-111).

9 Esto explicaría en alguna medida el retraso en la concesión del estatuto municipal a los *oppida* de la Tierra Llana, *Ilipla*, *Ostur* e *Ituci*, “*ante lo innecesario de promover más cambios jurídicos en un territorio que ya en torno al cambio de Era, y pasadas las confrontaciones civiles, estaba asimilado, estructurado y jerarquizado sobre la base preexistente, donde serían solamente las promociones jurídicas de Onoba, la fundación de Arucci, con sus respectivos cambios administrativos -contributio-, y la expansión de la actividad minera, las modificaciones que la administración romana introduciría, necesaria y mantendría hasta la ruptura que supuso, en la dinámica de la concesión de privilegios, los momentos flavios*” (p. 125).

punto de unión de rutas comerciales mediterráneas y atlánticas ... -y- puerto natural de salida del metal elaborado a pie de mina de la zona del cinturón ibérico de piritas..., además de las actividades dedicadas a la transformación de los productos pesqueros, que derivaría en una industria salazonera nada desdeñable” (p. 117), y la municipalización flavia de los oppida de la campiña, “un mundo de ciudades, un mundo urbano bien definido y fuertemente jerarquizado, donde se ejerce un fuerte control territorial, heredero en última instancia de la administración cartaginesa, y con un sustrato cultural mucho más permeable al cambio de potencia dominadora”, que, en consecuencia con ello, no siente la necesidad de otorgar privilegios (pp. 129-130).

Surge así un nuevo panorama territorial, administrativo, social y económico en el extremo occidental de la Bética, que J. M. Campos, N. de la O Vidal, J. Bermejo y S. Delgado abordan de manera monográfica en su siguiente trabajo: “Las ciudades occidentales del *conventus Hispalensis. Civitates, Municipia y Colonia*”, entendidas en relación con sus respectivas áreas de influencia, conforme al binomio verdaderamente definitorio de la cultura y la administración romanas *urbs/ager*. Entran así en el corazón del estudio, que a manera de arterias bien alimentadas por mor de los últimos estudios del Grupo *Vrbanitas* alimentan los avances espectaculares de estos últimos años en el conocimiento de los antiguos centros urbanos onubenses: *Onoba* (Huelva) (pp. 144 ss.), *Ilipla* (157 ss.), *Ituci* (Tejada la Nueva) (172 ss.), *Ostur* (Mesa del Castillo, Manzanilla) (184 ss.), *Urium* (Cortalago/Corta del Lago, Minas de Riotinto) (193 ss.) y *Arucci* (Llanos de la Belleza, San Mamés, Aroche) (201 ss.). De todas ellas -particularmente de esta última, que viene siendo objeto de excavaciones sistemáticas desde hace ya tiempo- se ofrece un estudio monográfico, siempre con afán de síntesis, sobre ubicación y entorno, estatuto jurídico, urbanismo, espacios públicos y de representación, ornamentación arquitectónica y escultórica, epigrafía, etc., con base en trabajos previos que cobran aquí una nueva dimensión, al ser fundidos en crisol único. De pronto, una región a la que Roma parecía no haber llegado, se revela con personalidad propia, una complejidad administrativa, una riqueza urbana, y una diversidad económica realmente llamativas. Queda con ello en evidencia de nuevo el viejo proverbio ar-

queológico de no existen vacíos poblacionales, sino áreas mal estudiadas.

Una vez sentadas las bases de la ocupación humana, llega la hora de entrar en detalles complementarios, como son las actividades económicas, y así se hace, de hecho, en el siguiente capítulo. Supuesta siempre la diversidad geomorfológica de la provincia onubense, que rige repartos de la tierra, potencialidades económicas y patrones de explotación y comercialización completamente diferentes, J. O’Kelly, S. Delgado, J. Bermejo, Á. Gómez y N. de la O Vidal ofrecen un completo, y preciso, panorama sobre “*Ager, metalla, cetariae*: las actividades económicas del territorio onubense, usos y recursos”¹⁰, con base en parámetros conceptuales propios de la denominada Arqueología de la Producción y en perspectiva diacrónica. Un texto de atractivo indudable, que trae de la mano, de forma natural, el análisis de “Las cecas de *Onuba, Ilipla, Ostur* e *Ituci*. Amonedación, circulación y significado” por parte de S. Delgado en el bloque siguiente.

Son cuatro las ciudades que acuñaron monedas en el territorio estudiado durante los primeros siglos de ocupación romana, quizá por su situación privilegiada junto a la ruta que llevaba hasta *Onoba*, con destino a su exportación, el mineral procedente de los distritos de *Urium* (Riotinto) y *Ad Rubrae* (Tharsis)¹¹. Sin embargo, los tipos empleados en algunas de las series, con cronologías centradas básicamente entre los siglos II-I a.C., incluyen además símbolos astrales de herencia púnica y significado religioso, la espiga de trigo¹² y la bellota, que confirman la importancia de la agricultura en la zona; el atún y el toro, evocadores de la riqueza del mar y las industrias asociadas a él, y tal vez de la ganadería (no se puede descartar el posible simbolismo religioso de este último, en relación de nuevo con la

10 “... desde el establecimiento -en aquellos lugares donde se han podido identificar trazas- de un posible catastro centuriado, con todas las connotaciones de repartimientos y aspectos jurídicos que conlleva, pasando por temas como la explotación de las minas, los recursos pesqueros, etc., hasta llegar a cuestiones tan particulares como las redes de comercio” (p. 227).

11 “... las amonedaciones funcionarían tanto para el pago de jornales a mercenarios como para la realización de transacciones comerciales desde el punto de vista económico, pero también para la difusión del modo de vida romano, desde la óptica arqueológica” (p. 305).

12 En algunos casos, cuando aparecen pareadas, son interpretadas como palmas, símbolos de la diosa Tanit, a la que aludirían igualmente los símbolos astrales.

tradición púnica tan presente en estas emisiones), o el jabalí, de interpretación más problemática, por su posible influjo itálico o, mejor, su relación con el mundo indígena y *Endovellicus*; sin olvidar al jinete con escudo y lanza, tan recurrente en la numismática prerromana hispana, sobre todo de ámbito celtibérico.

Todas las monedas ofrecen en anverso o reverso el nombre de la ceca en caracteres latinos (con excepción de *Ituci*, que lo hace también en púnico, o bilingüe), y las de *Onoba* en algún caso los antropónimos de los magistrados encargados de las acuñaciones, alguno de ellos con gentilicios (*Aelii*, *Publicii*, *Terencii*) que remiten con fuerza al fenómeno de la colonización itálica.

Las imágenes elegidas como emblemas en sus monedas por las diferentes ciudades dejan, de entrada, entrever la religiosidad de sus habitantes, que en pocos años se vieron obligados a sustituir o cuando menos asimilar sus dioses de referencia por otros nuevos aportados por los conquistadores. Un proceso traumático, sin duda, que requeriría de varias generaciones, como demuestran los resabios púnicos observables en diversas manifestaciones arqueológicas de la zona (epigráficas, escultóricas, numismáticas...). Sin embargo, con matices en el ritmo y la intensidad derivados sin excepción de la heterogeneidad geográfica y poblacional previa¹³, el peso de Roma se acabaría imponiendo, y poco a poco el Suroeste de la Bética fue haciendo suyos los nuevos parámetros ideológicos y rituales de la potencia dominadora, hasta adoptar el más singular y definitorio de todos ellos, por lo que significaba de aceptación del nuevo *statu quo*: el culto al Emperador; una expresión de devoción al jefe o rey heroizado que, si la miramos con lupa, tampoco quedaba tan lejos de viejas costumbres prerromanas, o de la trascendencia de príncipes y caudillos en el mundo cartaginés. Son aspectos todos ellos que N. de la O Vidal, J. M. Campos y J. Bermejo abordan eficazmente en “Rezando a los dioses: manifestaciones re-

13 Los autores observan de hecho dos zonas claramente diferenciadas desde el punto de vista religioso: la Tierra Llana, de vocación bética y por tanto más ortodoxa en sus expresiones culturales, y el Andévalo, más volcado hacia Lusitania, con la que mantendría contactos permanentes, incluida la recepción de mano de obra para las minas. Esta circunstancia, unida a su fuerte tradición prerromana, explicaría la divinización de animales como el jabalí, la aparición de relieves en piedra de “filiación céltica o galaica”, y la posible existencia en la zona de un santuario dedicado a *Endovellicus*.

ligiosas y culto imperial en las tierras del Suroeste”¹⁴, la contribución que sigue al estudio numismático.

Donde hay vida, hay muerte, y obviamente un trabajo de tanto alcance como el que ahora comento no podía eludir la aproximación al mundo funerario en el territorio estudiado (tanto en ámbito urbano como rural), que en este caso corre por cuenta de L. Fernández Sutilo¹⁵, en el capítulo “*Mors et funus*. Prácticas y ritos funerarios en el Occidente bético”. Como en tantos otros aspectos, el territorio onubense era prácticamente desconocido desde el punto de vista funerario de época romana hasta hace sólo unos años, cuando el equipo dirigido por J.M. Campos, en el marco de aquella planificación perfectamente pensada a la que aludía más arriba, se puso manos a la obra. La tarea ha recaído en manos de varios de los investigadores del Grupo, pero últimamente viene siendo capitalizada casi en exclusiva por L. Fernández, quien presenta en este trabajo un avance de sus investigaciones, ya en parte conocidas, sobre la topografía funeraria, el ritual asociado y la evolución diacrónica de las necrópolis de *Onoba*, *Ilipla*, *Urium*, *Arucci* y varios núcleos rurales, del tipo *villa*, asentamiento minero o *cetaria*. Entre ellas, alguna tan interesante e ilustrativa como El Eucaliptal, o el monumento funerario, cuajado de sugerencias, de Punta del Moral.

Por fidelidad a su compromiso conceptual y académico, los autores no podían poner fin a su trabajo sin dedicar un bloque importante a la etapa final del Imperio, a esos siglos de profundas transformaciones en los que de alguna manera –y sólo hasta cierto punto– se viven los últimos estertores de una cultura y la génesis de otra, marcada fundamentalmente por el triunfo de una nueva ideología religiosa: el Cristianismo, cuyos efectos se harán sentir

14 “... podemos hablar de cuatro grandes conjuntos de cultos: los Oficiales (entre los que se incluyen el culto imperial y Dinástico, y la Tríada Capitolina), un amplio muestrario de Dioses del Panteón romano (donde podemos encontrar a Marte, Diana, Silvano, los Dii Manes, etc.) y finalmente, algunas manifestaciones enraizadas con la tradición indígena o prerromana... En última instancia estas prácticas no son sino el reflejo de un nuevo orden político y social que afianza sus formas de poder mediante la instauración de un orden religioso paralelo” (p. 321). 1

15 Esta investigadora culmina actualmente su Tesis Doctoral sobre este mismo tema bajo la dirección de J.M. Campos, conmigo como co-director. Aprovecho la ocasión una vez más para agradecer a ambos que contaran conmigo para una misión tan gratificante.

intensamente sobre la sociedad, pero también sobre el urbanismo, la urbanística, la organización del territorio, la actitud ante la muerte. Así lo entiende J. Bermejo, responsable único del bloque titulado “La Antigüedad Tardía en el territorio onubense (ss. III-VI). Hacia la transformación y caída del modelo de implantación de Roma”, en el que observa cómo la ciudad desaparece en la zona de la Sierra, donde no existía tradición urbana antes de la llegada de Roma, mientras se mantiene en la Tierra Llana, donde, por el contrario, la nueva potencia dominante se limita a consolidar, y potenciar, la estructura preexistente. Esto explica, probablemente, la continuidad de sus ciudades tras la caída del Imperio, sostenidas ahora por una nueva aristocracia de carácter terrateniente en la que desempeñan un papel determinante los obispos.

Como remate de todo lo anterior, los coordinadores de la obra (y autores de una parte muy significativa de los textos), J.M. Campos y J. Bermejo, recapitulan lo aportado en un pequeño ejercicio de síntesis que titulan “El mundo urbano romano en el Occidente de la Bética. Balance y perspectivas de futuro”, insistiendo en la acción diferencial de Roma “*según sea la zona de Campiña, Andévalo o distrito minero y la sierra, cada una con un devenir histórico propio, distintas las unas de las otras y que Roma sabrá adaptar en su afán por conseguir la pacificación efectiva y el buen funcionamiento de las mismas en su plan provincial*” (p. 394).

Termina así una obra de referencia, necesaria, oportuna, valiente y comprometida, que sienta las bases de futuros estudios (algunos de ellos ya en marcha). Un trabajo, que quizá habría necesitado una última revisión por lo que se refiere a algunos aspectos sintácticos y ortográficos (incluido algún latín), así como a la ausencia de alguna referencia bibliográfica imprescindible¹⁶, pero que viene a llenar un vacío importantísimo y, sobre todo, se erige en colofón de campanillas de un par de décadas de estudios sistemáticos y exhaustivos sobre un territorio excéntrico y periférico que a partir de ahora dejará de serlo. Un mérito atribuible exclusivamente al Grupo de Investigación que dirige J.M. Campos Carrasco, cuyas aportaciones a la arqueología y el conocimiento histórico de la España antigua no han hecho nada más que empezar.

16 Algo que suele pasarnos a todos, casi siempre por la falta de tiempo para madurar adecuadamente las cosas.